

El bailarín y la homosexualidad

ALBERTO DALLAL

Cuidado. Cualquier persona que se interesa demasiado en tu vida sexual tiene dos intereses: o quiere contigo o sólo busca información para después usarla en tu contra, para joderte.

Afirmaciones tan contundentes provienen de un bailarín de cuarenta años. Parece versado sobre el tema. Ha pensado en él durante veinte años, el mismo tiempo de su vida profesional. Mientras responde a mis preguntas me analiza con miradas cautelosas. «¿Para qué aborda este mono a un bailarín y coreógrafo? ¿Por qué no espeta los usuales cuestionamientos acerca del arte de la danza?»

*La sociedad se preocupa mucho y se excita demasiado con el tema de la sexualidad pero realmente creo que la tiene **sin cuidado**. Cada quien tiene la vida sexual que le corresponde vivir, según su clase social, su cultura, sus experiencias, sus inclinaciones y sus obsesiones.*

Sin embargo -atajo apresurado- durante los sesenta sobrevinieron una serie de movimientos libertarios en tomo a la sexualidad. Los que tenemos cuarenta años o más lo sabemos, lo experimentamos. La protesta juvenil de la época, en escala mundial, tuvo sus protagonistas en las clases medias ilustradas, en una pequeña burguesía pensante. Sus consecuencias fue-ron positivas: en la sexualidad colectiva, en la cultura del cuerpo, en la participación política, en las ideas y en las prácticas de la libertad individual y colectiva, sin olvidar las manifestaciones artísticas.

El rostro del bailarín coreógrafo se ilumina: vivió el fenómeno plenamente. Tal vez recuerde esas jornadas de vibración constante en las universidades de Estados Unidos y de México, en China y en Europa. Comenzó con Elvis y Los Beatles, con el lenguaje del cine, los movimientos estudiantiles... la juventud como grupo social reivindicador de la sociedad entera. Sonríe nuevamente.

Todo eso fue muy bueno, pero la danza se adelantó siempre. Los danzantes siempre vamos a la vanguardia. Incluso por razones técnicas. En la actualidad todos se preocupan por el cuidado del cuerpo, pero los bailarines de todas las épocas siempre lo han atendido

Quieres decir que el bailarín, la bailarina, son seres liberados de por sí, ¿técnica y humanamente liberados?

Si son auténticos, sí. Con el cuerpo del bailarín ocurre lo que con la mentalidad del creador sincero, inato: percibe la libertad y, para hacer arte creativo, de avanzada, está obligado a ser libre en todo momento.

Tal vez -pienso- por esta razón hay épocas que están en contra del arte de la danza. Mi bibliografía está llena de prohibiciones, de llamadas de atención, de regaños, de «¡Cuidado, aguas con éstos!» «Las bailarinas son un desmadre, indecentes.» Aun ahora, cuando los medios de comunicación han popularizado las prácticas dancísticas y la danza de concierto, muy pocos padres de familia apoyan abiertamente la profesionalización de sus hijos para este arte. Sobre todo en el caso de los varones. Mi vivaz interlocutor, al mismo tiempo que parece estirar los músculos, desoxidar sus coyunturas y crecer de estatura con movimientos sigilosos, añade, como adivinando mis pensamientos.

Considera, por ejemplo, el fenómeno de la homosexualidad. En los danzantes la sociedad siempre ve núcleos de homosexuales. Se debe al desparpajo con el que los bailarines lucen el cuerpo o lo manipulan para expresar plenamente sus movimientos, sus posibilidades. Pero la gente jamás se informa, observa o analiza algunas evidencias: el bailarín que vive homosexualmente lo hace como un acto de voluntad, incluso porque descubre que, como forma de vida, le apetece mucho más.

Se saben muy pocas cosas al respecto porque, aun las sociedades llamadas democráticas son poco científicas, es decir, objetivas. Se desconoce que un gran porcentaje de homosexuales -en algún sitio he leído que el 90%-realmente son bisexuales.

La homosexualidad más encubierta, vergonzante y peligrosa, por sus efectos morales y ahora biológicos, se da en sectores sumamente alejados de las prácticas artísticas: el deporte, los cuarteles, los centros religiosos, los barrios bajos insalubres. El artista auténtico jamás vive la sexualidad promiscuamente. Por el contrario, el conocimiento en bloque, como imagen total que ofrece el producto artístico, le otorga conocimiento y transmite una noción verdadera de libertad.

El homosexual que se realiza profundamente, armónicamente con sus auténticas inclinaciones sexuales, el que lo hace civilizadamente, tal vez se está adelantando, en mucho, a estilos o formas de vida que sobrevendrán, incluso por necesidad, de manera colectiva en el futuro... Hay contradicciones enormes que no entiendo cómo serán resueltas en el corto o mediano plazo, a menos que se reconozcan nuevas actitudes, nuevos procedimientos...

Este bailarín que tengo enfrente más bien debería ser sociólogo o periodista. ¿Qué lo hace ser buen

expositor?, ¿su experiencia, su solidaridad, los obstáculos, las ventajas del artista? Y tiene razón: yo mismo no me atrevo a preguntarle nada acerca de su vida sexual. La danza parece robarle todo el seso, todo su tiempo, sus energías; tal parece que no tiene cola que le pisen. Sin embargo debe de ser cierto eso de «prejuiciosa y limitante sociedad»... Yo mismo no creo conveniente meter en este asunto su vida privada.

¿Por qué en un país que padece una desmedida explosión demográfica se apoya económica y legalmente a los grupos que más inconscientes resultan para planificar una familia? ¿Por qué un soltero, una soltera, tienen tantos problemas para conseguir departamentos de interés social? Lo que veo es que la moral y el poder político de una comunidad tienden al discurso opuesto de los hechos sociales.

A veces los artistas se asustan, a veces se mofan. Tengo un compañero, un poco mayor que yo, que toda su vida ha navegado con bandera de homosexual pero siempre ha conseguido las más estupendas y apetitosas compañeras sexuales -hasta podría añadir decentes-. No ha dejado títere con cabeza. Carraspeo porque siento perder el rumbo de la entrevista. Ahora, el bailarín hace unos ejercicios difíciles: sentado sobre el piso del estudio, con las piernas abiertas logra tocar el suelo con la frente. Los demás bailarines hacen sus ejercicios de calentamiento ante el espejo. Nadie parece preocupado de que lo miren o no. No les preocupa que haya extraños en el estudiantado bailando desnudo?

¿Quién no lo ha hecho? En la realidad o en la imaginación, en el baño o a solas, como juego colectivo. También hay quienes lo hacen en supuestas orgías, que lo son por el tinte pecaminoso y prohibido que se les endilga. Ahora bien: el desnudo en la danza, ¿no te gusta?

Es una de las formas artísticas más bellas del mundo.

La malla fue creada para dar la sensación de desnudez. En realidad la malla sostiene al cuerpo, a la piel, a los miembros. Es necesaria técnicamente. Las fantasías de los espectadores se resuelven con la malla porque en realidad todos quieren vernos desnudos en el escenario.

Me pregunto por qué no hay más danzas con cuerpos desnudos. Lo anterior fue la respuesta. No son necesarias, a menos que lo exija el proyecto del coreógrafo. El desnudo en danza no es valioso por sí mismo sino porque cumple con los requisitos de la obra. Lo demás es *striptis* o baile pornográfico; que no deja de tener sus atractivos.

En México se acostumbra poco el desnudo dancístico.

En 1968 el Ballet Nacional de México abrió brecha con un despechugue sensacional de Rossana Filomari-no: en Salomé. La danza planteaba la desnudez como requisito femenino de expresión y correspondía con la trama, con la imagen.

Ese mismo año, creo, Ofelia Medina hizo lo propio en una obra de Jodorowski. Descombey, ya en los setenta, desvistió completamente a sus bailarines en pleno Bellas Artes, un recinto que incluso obligó a un ballet africano a que se vistiera, con todo y que iba en contra de la obra. Después vino el desnudo de Jorge Domínguez en Historias como Cuerpos; obra de Lidia Romero que yo calificué como evocadoramente rulfiana.

Para los setenta y ochenta poca gente puede asustarse con los desnudos. Lo mejor es sorprenderse cuando no los hay en obras que realmente lo necesitarían. O sonreír compasivamente porque alguna estrellita del rock comercial intenta enseñar cuerpo porque no puede mostrar talento musical o capacidad escénica.

Pero es la voz de un liberado bailarín el que me saca de mis reflexiones. Alguien para el que yo resulto fresa y poco aventado.

Bueno. Ya va a empezar la clase. ¿Te quedas a verla?

No tengo más remedio que aceptar. No vayan a pensar que quiero morbosear con temas aledaños, afines, anexos o inherentes a la danza.